

La formación del profesorado del siglo XXI, por JACQUES BOUSQUET

UNA AMPLIACION INMEDIATA DE LA PROSPECTIVA

Los sistemas de formación del profesorado, actualmente en elaboración, alcanzarán su pleno rendimiento hacia 1980. Los jóvenes profesores formados en 1980 continuarán en ejercicio profesional todavía para el año 2020. Con gran probabilidad, los niños educados en el año 2020 vivirán todavía alrededor de la última década del siglo. Si es verdad que los problemas educativos, en general, son problemas del futuro, esto resulta aún más verdad del problema de la formación de los profesores. La prospectiva debería constituir en este campo parte integrante de toda acción mínimamente racionalizada.

LAS INTERACCIONES SOCIEDAD- EDUCACION-CUERPO DOCENTE

Como puede deducirse de este solapamiento de las generaciones y de la incidencia muy directa que nuestras decisiones actuales pueden tener sobre el futuro lejano, las interacciones son particularmente sensibles, resultando difícil la elección del momento (hoy, año 2000, primer tercio del siglo XXI), así como la del factor (sociedad-educación-cuerpo docente) a partir de los cuales comenzar a construir la cadena de relaciones prospectivas.

Al reflexionar sobre la futura evolución de la profesión docente —su estructura, su estatuto y sus funciones— la primera que surge es que dicha evolución vendrá determinada por la evolución de la educación. Sin embargo, se trata de un paralogismo en el que confluyen lo racional deseable y lo posible realizable. Desde un punto de vista estrictamente racional, resultaría tentador el intentar definir lo que debería ser la evolución de la educación —por ejemplo, durante los primeros decenios del siglo XXI— en función del desarrollo lógico previsible, por una parte, a la luz de las necesidades económicas, sociales y culturales, y, por otra parte, a la luz de los recursos financieros, tecnológicos y conceptuales, para, partiendo de esta educación lógicamente necesaria y posible, deducir lo que el educador va a ser y lo que va a hacer.

Pero, en la realidad, el problema se plantea de modo diferente. El cuerpo docente no es sólo una resultante de la evolución de la educación, sino que representa, al mismo tiempo, uno de los factores más importantes; de la misma manera, la educación influye a la sociedad no menos que es influenciada por ella. No nos hallamos en presencia de un modelo de tipo lineal (la sociedad condiciona a la educación, la cual condiciona, a su vez, las funciones del cuerpo docente), sino ante un sistema de interacciones extremadamente

complejo, dentro del cual cada uno de los elementos interviene continuamente en todos los demás. Sin duda, todo estudio prospectivo se enfrenta con dificultades de este tipo, pero, en el caso que nos ocupa, revisten una importancia a todas luces particular.

Creo que no poseemos en la actualidad los instrumentos combinatorios que nos permitirían resolver semejante problema con cierta precisión. Si, a pesar de todo, queremos descifrar algo del futuro, es preciso, sobre todo tratándose de un estudio tan apresurado como el presente, renunciar a mayores pretensiones, aceptando una hipótesis de conjunto (la sociedad post-industrial del año 2000) e intentar imaginar lo que serían en ella la educación y el cuerpo docente. No olvidaremos, sin embargo, que se trata de una mera hipótesis—casi de un deseo—e intentaremos conservar en la mente las posibilidades de interacciones.

Pasamos, pues, a examinar sucesivamente:

- La legitimidad de adoptar como hipótesis básica el advenimiento de una sociedad post-industrial.
- El tipo de educación necesaria para una sociedad post-industrial.
- El tipo de educación posible en una sociedad post-industrial.
- Las funciones y el estatuto del profesor en la educación de una sociedad post-industrial.
- La actitud del profesorado frente a una educación de tipo post-industrial.
- Las líneas generales del reclutamiento y la formación de profesores en la sociedad post-industrial.
- Las medidas inmediatas que convendría adoptar.

LA HIPOTESIS BASICA: EL ADVENIMIENTO DE UNA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

El cuadro que pasamos a describir es utópico en la medida en que lo es una sociedad post-industrial estable. En efecto, la extrapolación de la curva de desarrollo constituye de por sí un procedimiento inseguro; resulta perfectamente posible que

el progreso técnico-económico, superado cierto umbral, dé lugar a retroacciones negativas hoy día mal previstas, de manera que nos hallemos en el camino de la catástrofe atómica o en el de la degeneración de la sociedad y la persona. Sin embargo, las hipótesis pesimistas sólo nos interesan en la medida en que interesa evitarlas; es, pues, completamente normal tomar como punto de partida la hipótesis optimista, analizando cómo la educación puede facilitar el advenimiento de una sociedad post-industrial y su consolidación, en primer lugar, en los países más desarrollados y, posteriormente, a escala planetaria.

LA EDUCACION QUE NECESITA UNA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

Concuerdan los futurólogos en imaginar que la sociedad post-industrial estará caracterizada por:

- Una economía del saber (*saber y saber utilizar el saber* constituyen la única fuente de plusvalía; todas las profesiones tienden a la intelectualización).
- La acumulación vertiginosa de conocimientos científicos y culturales.
- El aumento de la duración media de la vida humana.
- La importancia de la organización ante la creciente complejidad de la ciencia, la tecnología y la sociedad.

A cada una de las características enunciadas corresponden determinadas soluciones educacionales:

1) Una economía del saber exigirá que el mayor número posible de individuos llegue al más alto nivel de conocimientos; el objetivo será, por tanto, una enseñanza superior universal y gratuita.

2) La explosión de conocimientos (científicos, técnicos y culturales) provocará el abandono de los programas tradicionales (listas de *datos*). La enseñanza se convertirá en un aprendizaje de la investigación y de la estructuración personal de datos, una iniciación a la experimentación científica y al trabajo intelectual, una introducción al buen uso y a la crítica de la cultura-ambiente.

3) La aceleración del progreso científico y técnico impondrá a los trabajadores —que, al final, serán todos trabajadores intelectuales— un *recyclage* permanente; por otra parte, el aumento de la edad media de la vida humana (noventa-cien años) tornará irrisoria una formación que haya de darse por concluida alrededor de los veinte años. La educación permanente constituirá una necesidad absoluta.

4) La importancia de la organización exigirá que reciba una formación de *dirigente* el mayor número posible; el desarrollo de la iniciativa y la responsabilidad, el aprendizaje de la gestión y el mando, la capacidad para elegir y controlar a los dirigentes de la sociedad, aspectos todos ellos reservados ayer a una *élite*, deberían llegar a ser elementos de toda educación general.

Pero el desarrollo mismo de la sociedad posindustrial arriesga provocar graves retroacciones negativas: desintegración del sentido social, tensiones emotivas, conflictos generacionales, catástrofe nuclear o bacteriológica. La educación deberá no solamente adaptarse a las necesidades de la sociedad post-industrial, sino, además, velar por la supervivencia de dicha sociedad. Estos aspectos *remediables* de la educación serán objeto de una atención mayor cada día, a medida que la humanidad vaya tomando conciencia de la fragilidad de su extraordinario progreso; en caso contrario, no habrá ni humanidad ni educación.

a) La desaparición o debilitamiento de las estructuras tradicionales, la complejidad y, con frecuencia, la inestabilidad de las nuevas relaciones sociales exigirán, ya desde el jardín de niños y durante toda la vida, una educación práctica para la *comunicación con el otro*.

b) Las tensiones emocionales —provocadas por el aislamiento del individuo en una sociedad compleja, el peso de las libertades y las responsabilidades generalizadas y acrecentadas por la ansiedad del cambio permanente, por la excesiva riqueza de información, por las tentativas de una economía de la abundancia— conducirán a insistir sobre la *educación afectiva* (educación socio-psicológica y psico-somática, amor a la naturaleza, creación, reflexión).

c) La rebelión de la juventud, que habrá sumado a sus filas a la primera adolescencia y, quizá, a los niños, obligará a la autoridad académica a *revisar radicalmente el estilo* tradicional de la escuela y de la enseñanza; se generalizarán fórmulas inspiradas en la pedagogía institucional; la autoevaluación y la evaluación grupal sustituirán a los exámenes y a las clasificaciones de los alumnos; desaparecerán los programas secuenciales, que imponen al conocimiento un orden preestablecido; la relación profesor-alumno, a raíz de estos hechos, se tornará mucho más espontánea y fácil. En especial la escuela dejará de ser exclusivamente una preparación para el mañana del adulto; será también, y sobre todo, *preparación para la vida presente del muchacho*. Nada de esto causará escándalo, sino que todo el mundo aceptará que una plenitud de vida en la juventud constituye la preparación óptima para la vida adulta.

d) Finalmente, si la humanidad llega a tomar en serio la amenaza de una guerra atómica y biológica (en caso contrario, repetimos, corre el riesgo de no existir para el año 2000), *la educación para la paz* ocupará un lugar de prioridad absoluta; el cuadro de los horrores de la guerra pasada y futura, el análisis de los mecanismos reales de los conflictos, el costo de la injusticia social, la estimación positiva de otras maneras de ver y de vivir, la imperiosa necesidad de que los países ricos compartan con los más pobres, etc..., constituirán otros tantos temas esenciales de estudio y discusión.

LA EDUCACION POSIBLE EN UNA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

Ahora bien, es notable que la sociedad post-industrial suministrará los medios necesarios para producir el tipo de educación que necesita; en otros términos, lo necesario resulta ser también, en este caso, lo posible.

i) Ante todo, los países que hayan entrado en la época post-industrial dispondrán, por definición, de *un producto nacional que les permitirá hacer frente al gasto de la educación permanente a nivel*

de una enseñanza superior gratuita y retribuida para todos.

ii) Los futurólogos están de acuerdo en aceptar que el tiempo de trabajo se verá sensiblemente reducido (entre veinticinco y treinta horas por semana), viéndose incrementado en otro tanto el tiempo libre, el cual, a su vez, significa una *posibilidad y una demanda de educación permanente y de cultura*.

iii) Máquinas de aprender (ordenadores, cine, televisión, teléfono, laboratorios de idiomas, etc...), incesantemente perfeccionados y cada día más asequibles, permitirán una *enseñanza personalizada*; al objetivar la información, facilitarán *la autonomía del grupo de niños y la creación de un nuevo tipo de relaciones con el profesor*; finalmente, estos artefactos constituirán preciosos instrumentos de *autodidactismo* y harán posible de hecho la educación permanente.

iv) Las máquinas, sin embargo, representan sólo el aspecto más llamativo de la tecnología; los progresos de la epistemología genética, de la semiología y de la socio-psicología no revestirán, sin duda, importancia menor. El desarrollo de la epistemología genética permitirá una *programación* más racional y ágil de los conocimientos. La semiología pondrá a disposición de la enseñanza *técnicas de mensajes* mucho más sofisticadas. La dinámica de grupos ayudará a resolver *los problemas afectivos* que constituyen, quizá, el principal obstáculo para la comunicación y, en consecuencia, para el aprendizaje.

v) Los riesgos aterradores que pueda provocar la manipulación del cerebro humano deberían ser un obstáculo para que viéramos las posibilidades benéficas de la fisio-electroquímica: *movilización oportuna de la atención, estimulación y enriquecimiento de la memoria, neutralización de tendencias patológicas*, etc. Dentro de la hipótesis optimista por la que aquí hemos optado, es de prever que la humanidad habrá logrado el dominio y el buen uso de sus nuevos poderes.

vi) La educación, a lo largo de los últimos siglos, ha sido asunto de administradores-políticos y de pedantes; la reflexión sobre la educación apenas si tuvo aficionados. Numerosos indicios dan pie a

pensar que esta situación se halla en trance de cambio: La educación empieza a ser reconocida como el centro mismo del fenómeno humano, tendiendo a convertirse en una ideología en sí misma. Podemos, en consecuencia, imaginar que el progreso visible de la educación a comienzos del siglo **xxi** vendrá sostenido por una nueva filosofía de la educación, concebida a la vez como el medio y la esencia de una liberación ilimitada del hombre.

EL PROFESOR DE LA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL

Necesidades y medios nos permiten así, pues, trazar un cuadro suficientemente preciso de una educación posible en la sociedad post-industrial. En primer lugar, la educación, en una sociedad de este tipo (sociedad del saber, sociedad de responsabilidades y libertad, sociedad de comunicación) tendría *una importancia mucho mayor* de la que en nuestro tiempo tiene. Esta importancia se traduciría especialmente en el acceso de todos a un nivel superior de estudios y por el triunfo de la educación permanente. Pero esta misma extensión de la educación contribuirá indudablemente a cierto *desdibujamiento de las fronteras de la educación*; nociones como *edad escolar* y *grado de enseñanza* se difuminarán; desaparecerá la obsesión de los títulos académicos; las escuelas no serán más que uno entre muchos otros servicios educativos; la educación, omnipresente, será descentralizada y desinstitucionalizada. *La transmisión de los datos de conocimiento pasará a un segundo plano*; se hará hincapié sobre la estructuración de los conocimientos, la preparación al trabajo intelectual, la organización y la responsabilidad, el uso de la libertad, la educación afectiva y la comunicación con los demás, la conciencia plena de la unidad humana. Finalmente, la educación dispondrá de *medios materiales* (máquinas de aprender) e *intelectuales* (epistemología, dinámica de grupos, psicología profunda, filosofía general de la educación) considerablemente más fuertes que las actuales.

¿Qué tipo de profesor corresponderá a este tipo de educación?

1. Se acepta, en general, que las actuales categorías por niveles (profesores de enseñanza primaria, de secundaria o superior) y por asignaturas (profesores de lenguas, de matemáticas, de ciencias sociales, etc.) desaparecerán para ser sustituidas por dos grandes categorías: *los ingenieros de la información y los consejeros del aprendizaje*; los primeros serían los responsables de elaborar el *software* de múltiples medios de autoaprendizaje, y los segundos, en contacto directo con los estudiantes de toda edad, serían los educadores propiamente dichos.

2. Los ingenieros de la información educativa serán especialistas en las diversas materias, lógicos y psicológicos, realizadores y artistas, técnicos de los medios. Se verán obligados a trabajar en equipo.

3. El ingeniero de la información no consagrará forzosamente toda su vida, en régimen de plena dedicación, a la enseñanza. Puede imaginarse que un matemático, un sociólogo, un médico, un periodista, un diseñador o un técnico en electrónica dediquen un cierto número de horas semanales a la enseñanza y continúen, por lo demás, ejerciendo su profesión básica. La movilidad profesional, en consecuencia, será incomparablemente mayor.

Incidentalmente puede pensarse que los mejores ingenieros de la información lleguen a percibir *honorarios muy elevados*, análogos a los de un gran especialista en medicina o de un actor famoso.

4. El educador propiamente dicho —consejero o *testigo* adulto en medio del grupo de jóvenes, animador de formación permanente en una empresa o comunidad— no tendrá ya prácticamente la función de enseñanza. Importa, por tanto, poco que sea o no un sabio. Incluso en psicología, se le exigirán menos conocimientos que actitudes: capacidad de comunicación, empatía cognitiva y afectiva, equilibrio emocional, sentido de la vida profunda.

5. Semejantes cualidades, por definición, no pueden pagarse. De ello se sigue la versimilitud de *que la educación deje de ser poco a poco un oficio*, para convertirse en una especie de servicio social vo-

luntario. Serían educadores jóvenes deseosos de intercalar un período de reflexión entre el fin de sus propios estudios y la entrada en una profesión, adultos que quisieran hacer un «retiro» en el medio de su vida activa, mujeres cuyos hijos han llegado a la edad adulta y la independencia, personas de edad avanzada, de uno y otro sexo, que encontrarían en el contacto con los niños un sentido para sus años *en demasia*. Semejante esquema no es en absoluto utópico: las culturas brahmánica y búdica han conocido sistemas de este tipo; lo que ha sido posible en el marco de economías de subsistencia lo será, sin duda, en el marco de las economías de la abundancia.

6. Este nuevo educador, ello es evidente, *no será ya un funcionario asalariado*; teniendo asegurado lo necesario para su sustento gracias a una pensión, una bolsa de servicio social o una contribución de los beneficiarios de sus servicios, no dependerá más de las directrices de jerarquías superiores y de los informes de la inspección; la libertad y la iniciativa de los alumnos comenzará con la libertad y la iniciativa del educador. Gracias a la riqueza de los medios de información, las dimensiones de los establecimientos docentes podrán ser reducidas; su gestión estará asegurada, siempre en equipo, por los educandos, los educadores, la pequeña comunidad. Dentro de este contexto descentralizado, el educador dejará de representar la autoridad o la coerción, para ser el portador del libre desarrollo de la persona y de la comunicación humana.

LA RESISTENCIA DE LOS PROFESORES ANTE LA REVOLUCION EDUCATIVA

Si existe, indudablemente, un tipo de educación que se corresponda con la sociedad posindustrial, esta correspondencia no implica una relación causal desde la sociedad posindustrial a la nueva educación, que sería su consecuencia. La nueva educación necesita una sociedad nueva; pero la recíproca es igualmente válida y, a mi modo de ver, quedó suficientemente claro en lo dicho anteriormente, que el

advenimiento de la sociedad post-industrial exigirá una educación bastante diferente de la educación que conocemos. No existe un primer factor absoluto: sociedad o educación; el esquema es el de una fuga musical, en la que los temas cabalgan unos sobre otros.

Vamos entonces a intentar tomar el problema en la dirección contraria y ver si es razonable suponer, para el final del siglo xx, un cuerpo docente capaz de llevar a buen puerto la revolución educativa que requiere el advenimiento de una sociedad post-industrial estable.

A primera vista, la respuesta es negativa. Los educadores, en efecto, se presentan tradicionalmente como un cuerpo excepcionalmente conservador; y a juzgar por las resistencias del profesorado frente a las reformas relativamente modestas de nuestro tiempo, podemos imaginar las resistencias que provocarían los cambios cuyo cuadro acabamos de trazar.

Estas resistencias serán de diverso orden: profesionales, socio-psicoafectivas y pedagógicas.

i) El cuerpo docente ocupa un nivel relativamente modesto dentro de la escala socioeconómica actual y, en virtud de un mecanismo reflejo aparentemente general, defiende encarnizadamente —y, con frecuencia, ciegamente— sus *categorías corporativas* y su *monopolio*. La supresión de las categorías profesionales existentes (categorías por niveles y por contenidos) y, más aún, la intromisión de *forasteros* (ingenieros de la información y animadores aficionados) en el sistema educativo, provocaría hoy una protesta general por parte del estamento docente. La simple mención de las máquinas de aprender (televisión, ordenador...), por ejemplo, dispara todavía con frecuencia reacciones de tipo irracional y hace surgir en los profesores el pánico ante el fantasma del paro forzoso. Esta es, sin duda, la razón por la que las empresas que fabrican máquinas de enseñar tienen buen cuidado en subrayar, a todo lo largo y lo ancho de su publicidad, *que la máquina no podrá jamás «sustituir» al profesor.*

ii) La escuela actual impone al niño un programa de conocimientos previamente establecido, una conducta determinada, un

estilo dado de vida. En estas condiciones es inevitable que la sociedad escolar se halle dominada por relaciones de fuerza entre profesores y alumnos. Semejante sociedad vive permanentemente en equilibrio inestable. El miedo es recíproco. Con frecuencia, el joven profesor resulta más gravemente traumatizado que el alumno: depresiones nerviosas, trastornos emocionales y afectivos constituyen algo así como enfermedades profesionales de la docencia. Muchos profesores, en consecuencia y con razón, podrían *asustarse de todo lo que ponga en cuestión el precario equilibrio* que se ven obligados a presidir, y dar muestras de pánico ante la idea de toda liberalización de las relaciones maestro-alumno.

iii) Finalmente, y como hemos señalado anteriormente, el sistema actual de formación de los profesores es *una empresa constitutivamente anacrónica*. Un maestro que tenga hoy, en 1970, cincuenta años de edad, ha sido formado en 1940, dentro del mundo cerrado de una escuela normal y por profesores cuya formación, a su vez, se remontaba a la pedagogía del siglo pasado. El ghetto escolar le ha dado muy pocas oportunidades para abrirse a las corrientes del mundo contemporáneo y renovarse. Así las cosas, es muy posible que este maestro mire con desconfianza todas las innovaciones que choquen con los principios que vienen animando la práctica profesional de toda su vida y con una concepción de la educación que le parece sagrada.

LA APORTACION DE LOS PROFESORES A LA REVOLUCION EDUCATIVA

Sin embargo, por más que este análisis de las resistencias del cuerpo docente a la innovación sea perfectamente válido, referido al pasado y a los países que no han entrado todavía plenamente en la economía industrial, resulta ahora ya desfasado respecto de los países económicamente más desarrollados:

1) La mayor parte de las reformas profundas y duraderas en el campo de la educación que han tenido lugar en los grandes

países industriales a lo largo de los últimos cuarenta años fueron ideadas y llevadas a cabo por los profesores mismos y por ellos solos. El ejemplo más claro viene representado por el movimiento Freinet: nacidas en una humilde escuelita de Provenza, las técnicas de libre expresión de Celestino Freinet se han adoptado espontáneamente por más de 20.000 maestros.

2) Un número creciente de profesores se sienten insatisfechos del sistema escolar. Ya no se limitan a presentar reivindicaciones sindicales, sino que abordan el problema de fondo: el papel de la educación en la sociedad y su propio papel dentro de la educación. Las experiencias de *pedagogía salvaje* se multiplican lo suficiente como para provocar la inquietud de los pedagogos oficiales. Es cada día mayor el número de profesores que, acusando la insuficiente formación que han recibido, realizan cursillos privados de dinámica de grupos, pedagogía institucional, etc.

3) La situación cultural de los maestros ha cambiado sustancialmente: aislados todavía ayer en la escuela de su pueblo, participan hoy en el movimiento cultural de su tiempo gracias a la televisión, la radio, la prensa, el libro de bolsillo, los viajes; ahora pueden ya encuadrar los problemas de la educación dentro de su contexto sociológico general.

4) Los sucesos de mayo de 1968 han constituido un test precioso acerca del estado de ánimo del cuerpo docente. Si bien es cierto que determinados profesores han presentado una tendencia a sentirse personalmente amenazados por las reivindicaciones de los estudiantes, otros, por el contrario, se solidarizaron abiertamente con los jóvenes. Pudo verse cómo en los liceos y en las facultades se formaban grupos y comités en los que los estudiantes y los profesores discutían juntos un problema que les parecía, por primera vez en la historia, común; durante algunos días difíciles de olvidar, *educadores y educandos* se encontraron al mismo lado de la barrera.

Los ejemplos escogidos se refieren casi todos al caso de Francia; pero podrían hacerse observaciones análogas hablando de los Estados Unidos, Inglaterra, Países Bajos, etc. La resistencia del profesorado a

la innovación es cosa ya pasada: la tendencia actual, en los países económicamente más desarrollados, es justamente la contraria; lejos de solidarizarse con el sistema educativo vigente, los jóvenes profesores van adquiriendo cada vez una mayor conciencia de que ellos son sus primeras víctimas. Sus propuestas en materia de programas, de exámenes, de disciplinas, etc., van, por lo general, más lejos que las reformas oficiales. El hecho de que estas sus propuestas sean o no actualmente realistas o coherentes no reviste mayor importancia dentro del marco de una perspectiva del futuro. Lo importante es que el profesorado despierta, que se replantea la educación por su cuenta, que toma, por fin, la educación en sus propias manos.

Sin duda alguna, los profesores embarcados en la tarea de la innovación representan todavía una pequeña minoría, incluso en los países más avanzados. Pero esta minoría significa el futuro; sobre ellos, y no sobre los hombres del pasado, las nuevas generaciones de profesores van a construir su modelo profesional. La casi totalidad de los profesores del año 2000 habrán tenido treinta años en 1970, de manera que constituirán o, al menos, podrán constituir un grupo totalmente renovado. Aquí radica, a mi modo de ver, una decisiva posibilidad para todo el conjunto del juego prospectivo. Hasta el momento, en efecto, la educación aparecía como una pesada cadena atada al pie de la sociedad en marcha; se trataba sistemáticamente de adaptarla al resto del progreso y de superar sus resistencias. Las nuevas tendencias que afloran en los estratos jóvenes del profesorado de los países a la cabeza del progreso nos permiten pensar que dentro de treinta años las cosas habrán cambiado y la educación, *a impulsos del profesorado*, podrá ser la fuerza renovadora que necesita el advenimiento de una sociedad post-industrial.

LA FORMACION DEL PROFESORADO PARA LA EDUCACION DEL AÑO 2000

Dentro de la perspectiva de los cambios previsibles y deseables y habida cuenta de la situación actual (resistencia de unos,

evolución de otros), podemos intentar ahora describir, a grandes rasgos, lo que debería ser la formación de los profesores durante los próximos decenios y en los países económicamente más desarrollados, a fin de poder responder a las necesidades de la sociedad post-industrial del año 2000. En el marco de este estudio no sería cuestión de entrar en detalles acerca de un plan de formación del profesorado, de modo que nos limitaremos a señalar algunos principios de tipo general agrupados bajo tres títulos: la movilidad, la preparación profesional, el aprendizaje de la iniciativa.

1) *La movilidad*.—La idea de que aquí se parte es que, en el siglo **xxi** no existirá ya un cuerpo permanente de maestros, pudiéndose consagrar todo el mundo a la educación durante algún período de su vida, o bien durante alguna parte de su jornada de trabajo, y ello bajo una de las dos grandes categorías: ingenieros de la información y consejeros orientadores del aprendizaje. Si se acepta esta idea, es claro que lo que importa es no formar ya a nadie con vistas a la profesión exclusiva de enseñante, proporcionando, por otra parte, al mayor número posible una orientación general sobre los problemas de la educación.

a) La primera medida sería, pues, la *supresión de la formación profesional cerrada* (formación de profesores en cuanto tales en las escuelas normales o institutos de educación). El futuro profesor —tuviera o no, de entrada, la intención de dedicarse a la docencia— cursaría, como el resto de los estudiantes, estudios especializados que, en cualquier caso, le proporcionarían la posibilidad de dedicarse a otra profesión (derecho, medicina, tecnología, idiomas, etcétera). Semejante medida resulta posible ya, si se tiene en cuenta el hecho de que los programas de la enseñanza secundaria contienen cada vez menos materias de tipo puramente académico (por ejemplo, latín). Por otra parte, cabe imaginar que un arquitecto, un ingeniero o un periodista poseen un nivel general de cultura más que suficiente para *enseñar* en una escuela primaria. Veremos más adelante (punto 2) cómo y sobre qué bases sería posible organizar la formación profesional para la educación, tras la obtención de

los diplomas científicos o técnicos correspondientes.

b) Mas será también imprescindible *dar al mayor número posible una información general sobre los problemas de la educación*, a fin de orientar posibles vocaciones y, asimismo, por la razón de que la educación llegará a convertirse en un hecho cada vez más importante y que impregnará el ejercicio de toda profesión. Los problemas de la educación, por consiguiente, deberían llegar a ser, dentro de la enseñanza secundaria o su equivalente, uno de los temas de la cultura general. Por otra parte, y en el nivel de la enseñanza superior, todas las especialidades tienen aspectos aprovechables para la educación; ello resulta evidente en el caso de la psicología, la sociología, la economía, la biología, etc.; pero incluso tratándose de disciplinas aparentemente las más desligadas de la educación, tales como las matemáticas, la física o la lingüística, sería útil que *se lleve a los estudiantes a comprender con mayor claridad cómo aprenden* (estructuras cognitivas, epistemología genética), quedando con ello eventualmente preparados para la enseñanza.

c) Durante el período de transición, se procederá seguramente a crear, dentro del nivel universitario, *truncos comunes*, una de cuyas posibles salidas profesionales sería la de dedicarse a la educación. Podría pensarse, por ejemplo, en unos estudios comunes para las profesiones de la información (periodismo, publicidad, edición, radio, televisión, cine... y enseñanza). Semejante tronco común presentaría, entre otras, la ventaja de introducir la preocupación educativa en los medios de comunicación de masas y de enriquecer, por otra parte, las posibilidades de la tecnología educativa. La asistencia social, la psicología, la epistemología constituyen otros tantos ejemplos posibles de truncos comunes con un componente referido a la educación.

2) *La formación profesional*.—Habíamos previsto, para las primeras décadas del siglo **xxi**, dos categorías de educadores: los ingenieros de la información y los consejeros-orientadores del aprendizaje. La preparación de los ingenieros de la información educativa será —es evidente— a

base de participación en un trabajo de equipo; la preparación de los consejeros del aprendizaje será, esencialmente, de orden efectivo (técnicas de grupo, psicodramas, sesiones de análisis).

Mas el problema se presenta de manera especialmente aguda durante *el período de transición de fines del siglo XX*, mientras subsistan paralelamente las actuales categorías docentes. He aquí algunas ideas que parecen deducirse a este respecto de la reflexión de vanguardia sobre la educación:

a) Todo educador debe comprender, ahora, el lugar de la educación *en el conjunto del fenómeno humano* y, en especial, dentro del contexto científico, tecnológico, económico, social, político y cultural de nuestro tiempo. La prospectiva de la educación resulta particularmente valiosa para proporcionar esta visión de conjunto.

b) Ya a fines del presente siglo será prácticamente imposible dedicarse a la enseñanza sin conocer el manejo de las máquinas de informar. Esto no quiere decir que el futuro maestro haya de seguir cursos acerca del aprendizaje con ordenador o a través de la televisión educativa; lo más sencillo y eficaz es que él mismo reciba *su formación profesional a través de la tecnología más avanzada*. Esta es la razón por la que es esencial, por ejemplo, que se utilice desde ahora ya el ordenador para la preparación del profesorado, por más que llegue a ser introducido en las aulas muchos años después.

c) Resulta cada vez más evidente que los problemas más graves y más inmediatos de la educación son de *orden efectivo*; una iniciación sociopsicológica de tipo práctico (participación en *grupos de diagnóstico*, por ejemplo) constituiría una de las bases de toda formación.

d) Para aprender a nadar, no es perjudicial recibir algunas indicaciones teóricas y realizar algunos ejercicios preparatorios al borde de la piscina; pero ello no debe durar demasiado tiempo, y hay que lanzarse al agua en seguida. Algo semejante ocurre con la educación; la educación es algo vivo, y hablar demasiado de ella, sin vivirla, no sólo resulta inútil, sino, probablemente, nocivo. Todo el problema de la formación profesional se centra en *la organización de los primeros meses de*

experiencia educativa. La tendencia actual se orienta a dejar prontamente en manos del joven profesor la responsabilidad total de una clase (sin maestro *modelo*), pero en condiciones especialmente fáciles, con un número reducido de alumnos (una docena como máximo) y en horario reducido. De esta manera, el profesor novel evita el *trauma* de los debutantes y puede descubrir con la tranquilidad necesaria su estilo natural frente a los alumnos. El resto del tiempo, durante este período de docencia experimental inicial, se dedicará a discusiones de grupo sobre su experiencia de la clase, a la participación en proyectos de investigación o experimentación, a una especialización tecnológica (enseñanza programada, televisión educativa, enseñanza por ordenador, etc.) o didáctica.

3) *El aprendizaje de la iniciativa*.—La educación del siglo *xxi* será, esencialmente, una educación activa a través de la cual el estudiante aprenderá a operar sobre sus conocimientos, a aplicarlos a situaciones nuevas y a pensar y actuar por sí mismo. Tal educación supone un maestro activo que no puede ser formado o, más exactamente, que no puede formarse sino por procedimientos activos. *No se trata de sustituir las recetas viejas por recetas nuevas* (toda receta es, por definición, antieducativa); el objetivo es que cada profesor pueda volver a inventar incesantemente la educación.

a) Con vistas a ello, la formación del educador deberá ser, en la medida de lo posible, un autoaprendizaje. Este es el motivo por el que hemos insistido antes (2.d) sobre la importancia de dejar pronto en manos del joven maestro la responsabilidad total de una clase. En la actualidad existen técnicas muy eficaces de autoobservación (microenseñanza) que permiten al profesor volver a ver su propia actuación y escucharse cuantas veces lo desee —es decir, aprender a conocerse mejor—, juzgarse a sí mismo a través de las reacciones de los estudiantes, corregirse y perfeccionarse.

b) Hay otra razón para evitar, siempre que sea posible, las conferencias teóricas y las pretendidas *prácticas* de enseñanza junto a un maestro *experimentado*. Aca-

bamos de ver, en efecto, que la formación del profesorado es un sistema típicamente de retraso, sistema que remite al presente ideas y procedimientos tiempo ha caducos. Es, pues, cuestión vital provocar una *ruptura*, y esta ruptura no puede obtenerse sino deteniendo la transmisión de la pedagogía tradicional; es necesario, por tanto, que la próxima generación de profesores se forme, en gran parte, ella sola.

c) El autoaprendizaje, por otra parte, puede enriquecerse y reforzarse a base de *la enseñanza recíproca*. Las discusiones entre profesores jóvenes, por ejemplo, pueden constituir un elemento primordial de formación. Ser joven, en efecto, adquiere aquí un valor absoluto, pues los jóvenes se sienten insertos en la última ola del tiempo social, hallándose de esta manera en relación directa con el futuro. Los años de formación deberían significar una ocasión dada a los jóvenes para *desarrollar en común los gérmenes del porvenir*.

LAS DECISIONES INMEDIATAS

Lo hemos dicho en las primeras líneas de este estudio: *la formación de los profesores del siglo XXI ha comenzado ya*. El primer paso para su realización consiste en convencernos seriamente de la verdad de esta afirmación y entender que, aunque quizá no lo parezca, el tiempo ya apremia. Todo retraso de hoy repercutirá inexorablemente sobre el vencimiento a plazo fijo del año 2000. Nos hallamos comprometidos en una carrera entre la educación y el caos; es ahora, y no después, cuando podemos ganar o perder esta carrera.

En segundo lugar, importa advertir que, en materia de formación del profesorado, *solamente las soluciones más radicales tienen una oportunidad de resultar suficientemente innovadoras*. Existe siempre, en efecto, una pérdida de energía de innovación entre la reforma a nivel de profesorado y la reforma a nivel de las aulas. Todo compromiso oportunista, toda debilidad en el plan de preparación del profesorado se encontrarán luego multiplicados en la educación. Sin duda, a muchos buenos espíritus chocará el que hablemos de *ruptura*; no todo era malo, dirán, en la antigua formación; los jóvenes profesores

tendrían todavía mucho que aprender de sus predecesores. Y tienen razón; mas han de comprender que el cambio no es susceptible de ser desmenuzado en porciones; un sistema educativo no es una colección de recetas en la que sería loable modificar esto y conservar aquello, sino un todo orgánico, una fórmula que sólo puede aceptarse en bloque como un conjunto. La mejor prueba de amor a la educación que nosotros, los menos jóvenes, podemos dar hoy es la de desaparecer, dando a los jóvenes toda su oportunidad, poniéndonos a su servicio sólo y exclusivamente si nos lo piden.

Este cambio radical, no obstante, no debe introducirse violentamente, de una vez, sino progresivamente, sabiendo aprovechar de un modo sistemático cuantas oportunidades se presenten. Presupone un *plan general y una minuciosa programación*. Una *reforma universitaria*, por ejemplo, sería el tipo de oportunidad que permitiría la creación de un tronco común para los estudios de información y enseñanza. La puesta en marcha de una red de centros experimentales sería la ocasión para disponer de establecimientos escolares en los que los jóvenes profesores podrían llevar a cabo su primer año de docencia. No se trata de ir demasiado aprisa, sino de no dejar perderse ninguna oportunidad favorable y, sobre todo, de no realizar jamás absolutamente nada que pueda significar un paso atrás.

Aunque es conveniente dejar a los jóvenes profesores el mayor margen posible de autonomía a efectos de su formación, será necesario, no obstante, disponer de un mínimo de especialistas, técnicos y administradores. Aquí puede esconderse, tal vez, la dificultad más peligrosa: es grande la tentación de echar mano de los existentes y volver a empezar. Será necesario, en consecuencia, partir de cero y proceder, ante todo, a *una larga y exigente preparación de los que tendrán a su cargo poner en marcha la nueva máquina*. Seis meses de preparación mutua, en régimen de plena dedicación, constituirán, sin duda, un mínimo al respecto; la aceptación de esta *pérdida* de tiempo será la primera señal de que la empresa es seria.

Aun reconociéndose, por lo general, que

la sociedad del siglo **xxi**—la cual todavía está bastante lejos— debe ser una sociedad de la libertad, algunos estarán menos de acuerdo acerca de la oportunidad de preparar ya desde ahora al cuerpo docente para una educación de la libertad. Parece, sin embargo, que no tenemos otra opción posible. Nos hemos comprometido por el camino de la libertad, y la única oportunidad de sobrevivir radica en ser cada día más libres, más libres mental, emocional, profesional y políticamente. Ahora bien, la libertad es algo que se

conquista, y la educación, la única arma de que disponemos para conquistarla. Resulta evidente a todas luces que, *para ayudar a los demás a forjar su propia libertad, los educadores han de ser ellos mismos los primeros ejemplos de hombres libres*. De esta manera, la formación del profesorado vale hoy día por un test de nuestra buena fe. Sobre este lugar preciso nosotros decidiremos si queremos realmente construir el futuro o si, a pesar de hablar mucho de prospectiva, hemos optado, de hecho, por abandonarnos al azar.